

LOS CALCETINES SOLITARIOS

una historia sobre
bullying

TEXTO
LUIGI
AMARA

ILUSTRACIONES
TRINO



sextopiso



En el cajón de clases, saludó a Medias Amarillas y a Motas Blancas, que jugaban a saltar la cuerda, pero no le hicieron el menor caso.



En su pupitre, mirando la nuca remendada de Calcetón, pensó en lo que le sucedería si llegaba a acusarlos.

Se dejó llevar tanto por la imaginación, que incluso vio el pequeño ataúd en forma de «L» que le tendrían reservado.



En el recreo, Remendado y Peto formaron equipos para jugar una cascarita. Él ya estaba acostumbrado a ser el último, el desecho que todos evitan, la sobra que rueda sin ton ni son porque no queda más remedio. Sin embargo, esta vez fue diferente. Nadie lo escogió.

El partido iba ya 2-2, y él seguía de pie en medio de la cancha, como el poste desconcertado de una portería que se rompió hace tiempo.

¡QUE INJUSTICIA
Y CONFUSIÓN!
YO SOY PLANO Y
CIRCUNSPECTO,
¿ME VEN CARA DE
BALÓN?





¿SERÁ
POR MIS ABSURDAS
RAYAS? ¿PORQUE
DETESTO LOS PIES?



¿NO TE PARECE
QUE POR ALLÍ
HAY UN
MOSQUITO
ZUMBANDO?

Era la clásica, estremecedora y siempre contundente Ley del Hielo. Bocas cerradas con algo más que pegamento, indiferencia a prueba incluso de los mejores chistes. Si en lugar de su voz Petete hubiera emitido un estruendo de trompeta, nadie se habría molestado en voltear. Ahora era un calcetín invisible.



Petete se arrastró debajo de la cama. Botón, que venía rodando de muy mal humor, no tardó en alcanzarlo.



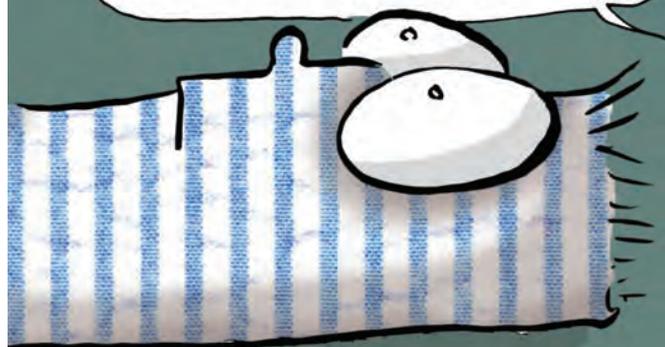
¡DESPRECIABLES!
¡MENTECATOS!
¡YA VERÁN, LOS
LANZARÉ AL CAJÓN
DE LOS **GATOS!**



Pelusa entendió que no era momento de planear venganzas, así que se quedó callada y pensativa, acumulando polvo.

Mientras contemplaba los resortes del colchón, Petete se preguntaba qué había hecho mal, por qué lo trataban como a una jergaapestosa. Botón, que quizá le leyó el pensamiento, dijo de pronto:

NO ERES TÚ, ¡SON SIEMPRE ELLOS!
COMO NO SABEN QUÉ HACER, ¡TE JALAN DE LOS **CABELLOS!**



Estaba decidido a irse. Tal vez su hermano gemelo sufriría un poco los primeros días, pero, bueno, tampoco es que se hubiera desvivido por ayudarlo.

No sabía si confesarle a Botón lo que sentía. Él, que de joven había servido en el chaleco de un profesor medio extravagante, a veces salía con acertijos incomprensibles, que sólo enredaban más las cosas. Pero apenas empezó a plantear vagamente el asunto, Botón le dijo con toda claridad...

